

Resenha de livros

Esta seção destina-se à apresentação de resenhas de livros de interesse para a bioética

Marx, la biopolítica y lo común

Negri A.

Bogotá: ILSA – Universidad Nacional de Colombia; 2012.

ISBN: 978-958-761-354-4

Biopolítica: aproximaciones a su origen y evolución.

Galvis Sánchez C, Galvis Cristancho E,

Bogotá: Universidad Militar Nueva Granada; 2012.

ISBN: 978-958-8403-81-6

Bioética y biopolítica. ¿Por rumbos diferentes?

A propósito de la lectura de dos libros editados en 2012, uno en la Universidad Militar Nueva Granada, titulado *Biopolítica: aproximaciones a su origen y evolución*, el otro en la Universidad Nacional de Colombia, *Marx, la biopolítica y lo común*, surgen las siguientes reflexiones, las cuales se nutren de elementos ventilados por Van Ressenlaer Potter en *Bioethics: A bridge to the future*. Se complementa esta reflexión, con algunas ideas de Michel Foucault plasmadas en escritos tanto de él como editados luego de su muerte, a partir de sus seminarios y conferencias.

Pasado poco tiempo luego que Potter formulara su visión de la bioética, prácticamente esta llamada interdisciplina científica ha quedado reducida al ámbito sanitario, aunque siguen los intentos, sobre todo en Latinoamérica, por acercarla a su mirada original, preocupada también por la política, tanto como por el incremento de la población, la pobreza, la polución (1). Si la bioética en la versión de Potter también debería ocuparse de la política, ninguna razón hay para separarla de ella, así entre algunos bioeticistas dicha palabra despierte fobias o repudios, y argumenten que no hay posibilidades de juntar bioética con biopolítica, purismo que en la versión potteriana nunca estuvo.

Aunque son muchas y variadas las definiciones, la bioética ha sido vista como “uso creativo del diálogo para formular, articular y, en lo posible, resolver los dilemas que plantean la investigación y la intervención sobre la vida, la salud y el medio ambiente.” (CIEB, Universidad de Chile, 2006:18). Esta perspectiva, implícitamente, apunta tanto a la ética como a la política al hablar de asuntos relacionados con la búsqueda de respuestas a los

problemas surgidos de la interacción entre las tecno-ciencias y la vida, incluida la de los seres humanos, en un contexto de diálogo o deliberación. Aunque la política por estos tiempos tenga muy poco de diálogo o deliberación y casi toda esté reducida a un ejercicio de imposición, al menos en nuestro continente, no significa que así deba ser, sobre todo si pensamos que tanto para la práctica de la ética (la bioética se entiende como una ética práctica) como para el ejercicio de la política, la democracia continúa siendo fundamental.

El desencuentro entre bioética y biopolítica parece estar relacionado con los asuntos de poder, esenciales en la política pero en la actualidad “contraproducentes” en la ética. Sin embargo, la bioética, aun en el ámbito clínico, surgió también de relaciones de poder si se acepta que este fue históricamente ejercido desde la medicina misma, mediante sus profesionales en la asistencia o en la investigación, pero tuvo que ceder ante los derechos de los pacientes y de los sujetos de pesquisa. Es claro que la bioética clínica vino a subvertir unas relaciones de poder, un orden establecido desde el saber médico, en general, de las profesiones de salud (saber que es una versión más de la verdad). Todo poder conlleva resistencias (2;3) y finalmente fueron esas resistencias las que terminaron subvirtiendo el orden de hospitales y centros de investigación con seres humanos para dar lugar a la versión clínica de la bioética centrada en los principios de autonomía, beneficencia, no-maleficencia y justicia. En resumen, ni la bioética clínica con su halo de imparcialidad y universalidad pudo, sigue sin poderlo hacer, librarse del ejercicio del poder, el cual, por estos tiempos, es esencialmente económico.

A la bioética interesa la manipulación de la vida, sobre todo la humana aunque no sólo ella, que se lleva a cabo, por ejemplo, mediante la experimentación en los ensayos clínicos a lo largo de sus diferentes fases. Precisamente es ese el foco de interés de la biopolítica: la manipulación de la vida de las poblaciones humanas a lo largo de la historia. Las reformas de los sistemas de salud pueden ser consideradas experimentos masivos con seres humanos y a ellos deberían aplicarse los rigores de la evaluación ética previa a la ejecución del proyecto, cosa que nunca se hizo a pesar de códigos, declaraciones, normas de buenas prácticas, etc. Este sería un asunto político, por tanto, algunos bioeticistas piensan que no debe ser tocado porque tiene que ver con relaciones de poder. Es posible que cosas como estas sean del campo de interés de los llamados comités o comisiones nacionales de ética, las cuales están siendo objeto de interés por parte de algunas agencias internacionales como UNESCO. Sin embargo, habrá que ver si ocurre.

Volviendo al punto, fue fruto del estudio de las relaciones de poder como surgió la concepción de biopolítica en Foucault, quien refería que los tiempos en que el poder soberano decidía quien se dejaba morir, se hacía morir (por ejemplo, enviándolo a la guerra), o se mataba, así como quien se encerraba en una cárcel donde su cuerpo era sometido a tortura sistemática, poco a poco fueron reemplazados por la administración de la vida, su gestión tanto en lo individual como en lo poblacional.

“No tenemos cuerpo, somos cuerpo y en esa medida el cuerpo y el mundo se codefinen” (4). Son varios los puntos de encuentro entre estos dos saberes, haya o no límites claros entre bioética y biopolítica, luce difícil hablar de la primera en América Latina. Hoy, en el mundo entero, si no se es empresario de sí mismo, no se tiene lugar

alguno que ocupar en esta sociedad, esa vida no importa, es prescindible, puede dejarse o hacerse morir, y puede matarse. Hay, sin embargo, quienes optaron y optan por no ser ese tipo de empresario, ni ningún otro. Lo cierto es que, a este lado del mundo, si alguien se resiste a vivir bajo el dominio de la cultura de las finanzas y hace uso público de sus razones para resistir, es desterrado, puesto preso o asesinado. Cuando el ejercicio global de administración de la vida humana no funciona, queda a los poderosos la opción de desterrar, encerrar o matar. En Latinoamérica esta es una realidad que toca tanto lo ético como lo político. Vigila tú mismo lo que piensas, lo que dices y lo que haces, de todas maneras, los poderosos también te vigilan. Si no te controlas, los poderes te controlan. Eres libre de vigilarte y controlarte por tus propios medios, ese es tu deber, ahí radica tu libertad. Estos son los mensajes tras la sociedad del riesgo, o del miedo, o del control, etc.

Por otro lado, si se quiere permanecer saludable el mayor tiempo posible, hay que ocuparse del propio cuerpo pues del cuerpo de la sociedad se ocupa la mano visible de los mercaderes globales, que llaman “mano invisible del mercado”. La mentalidad de los gobiernos en la actualidad (como entiendo la gubernamentalidad de que hablaba Foucault), con pocas excepciones, puede resumirse haciéndonos esta pregunta y reflexionando en la respuesta que da Negri: “¿Qué significa tomar el poder? Nada, si por el poder se entiende la gestión del capital”. El poder, ejercido en perspectiva de gestión o administración de capital, está presente a todos los niveles, incluida la salud. Cuando se aborda la justicia sanitaria se habla de asignación de recursos escasos o limitados. Eso mismo ocurre cuando se abordan los problemas de educación, de vivienda, etc. Es la gestión de recursos escasos la que se deja en manos de los gobernantes de nuestros países por parte de los hombres de negocios, quienes adelantan la gestión de descomunales recursos “captados” a todo lo largo y ancho del planeta. Nuevamente, con contadas excepciones, en la era de la globalización de las mercancías y la informática, los gobernantes en el poder son gobernados por el poder financiero que también maneja mercado e información. Vivimos sometidos a “[...] un Estado bajo la vigilancia del mercado más que un mercado bajo la vigilancia del Estado” (5).

Bajo esta racionalidad, la de la ética mercantil, lo no ético es aquello que no va bien al mercado, si algo es malo para el mercado resulta antiético, por tanto, aplicar recursos donde no puedan dar buenos resultados es tanto mala ética como mala política. El ejercicio de gobierno, su impacto, sólo es visto por sus resultados económicos. Por estos tiempos, los mayores problemas a resolver desde la ética o la política parecen ser de dinero, e igualmente de dinero las soluciones, por tanto, se trata de asuntos de gerencia, de administración, de gestión. Desde esta perspectiva, la verdad es una y la misma: la mala gestión es mala ética y es mala política. El saber más importante es económico, lo mismo que el poder y la verdad más importantes. Hoy, esta trinidad a gestionar gira alrededor de la genética y la nanotecnología, por tanto, lo que debe administrarse son las biomoléculas para seguir “gerenciando” la vida en el planeta.

En uno de los dos textos que suscitaron esta reflexión, se afirma: “La existencia de los cuerpos aglomerados en una población es un dato biológico

[...]” (6). La salud, vista desde las biomoléculas, no importa si es tratada desde lo poblacional o lo individual, está reducida a un dato biológico, eso sí, de interés tanto para la bioética como para la biopolítica, y obliga al diálogo abierto, como debe ser todo diálogo, alrededor y desde los dos saberes, así como obliga a la deliberación no dogmática, como debe ser toda deliberación.

En Latinoamérica siguen siendo importantes para la bioética los problemas de justicia en salud y es a partir de ellos que trata de afirmarse una visión que supere aquella que enfatiza la Autonomía individual, así se sostenga que esta pesa tanto como los otros tres principios: Beneficencia, No-maleficencia y Justicia, haciendo a un lado o ignorando otras miradas. Los problemas de justicia son tanto éticos como políticos. Bajo esta perspectiva, los asuntos de salud atañen tanto a la bioética como a la biopolítica y habrá necesidad de abrirse al diálogo entre estos dos saberes. La epidemiología, método o ciencia fundamental de la salud pública, muestra que la salud está en permanente riesgo y hoy, también aplicada a la clínica, recomienda vigilar constantemente tanto las voces como los silencios de órganos y tejidos. La inseguridad (al igual el riesgo, finalmente da lo mismo), se afirma y difunde en todo el mundo, ronda cada biomolécula de nuestro organismo, por tanto, se deberá vigilar sus tendencias y comportamiento y, cuando un biomarcador dispare la alarma, se deberá controlar dicha anomalía (mediante la auto-disciplina, que puede ser vista también como auto-castigo): no azúcar, no colesterol, no sal, no licor, no tabaco, etc.; o mediante el uso de uno o varios medicamentos. Salud pública y medicina van por los mismos rumbos, la primera ocupada en la gestión de los riesgos antes de enfermar y la segunda en la gestión de los riesgos después. Las biomoléculas, en consecuencia, establecen otro claro puente entre bioética y biopolítica. En el terreno sanitario, la gestión de las biomoléculas es un asunto tanto de salud pública como de salud individual.

En Latinoamérica, pero sobre todo en Colombia, el poder mató y sigue matando - no nada más dejando morir -, y el ejercicio de controlar la población se adelanta bajo una visión de la vida humana más cercana al fanatismo que a la pluralidad. El mundo conoce que en Colombia se aniquiló un partido de izquierda asesinando en calles y carreteras, plazas, casas y aeropuertos, a sus militantes más destacados. Este país muestra que efectivamente “cuanto más mates, hagas morir, dejes morir, más por eso mismo vivirás” (7). Si bien no puede afirmarse que se trató en este caso de móviles racistas, como ocurrió durante la segunda guerra mundial o, mucho antes, durante la colonización de nuestra América por parte de conquistadores europeos, es claro el fanatismo de una élite económica y política que no está dispuesta a perder privilegios, que ella misma implementó a su favor, pero acude no tan sólo a la manipulación de la subjetividad apoyándose en el monopolio sobre los más importantes medios de comunicación, sino que también mata a sus adversarios, los encarcela, los tortura o los deja morir. No se puede hablar de salud pública en América Latina sin hablar de quienes se dejaron morir, se hicieron morir o se mataron a causa del fanatismo de unos poderosos que dejan morir, hacen morir y matan, que juzgan lo bueno o lo malo según sus propios intereses, así como quienes

son buenos y quienes malos, según les apoyen o no en el gobierno. Si el énfasis de una bioética pensada desde y para América Latina está en estrecha relación con la salud pública, hay que hablar de la vida y la muerte violentas en nuestro territorio y si debemos hablar de ello, habrá necesidad de abordar la biopolítica desde nuestra geografía, porque a este lado del mundo castigar el cuerpo es frecuente, como lo es controlar los “procesos biológicos a través de los mecanismos reguladores del estado” (6). A la violencia en Colombia, por ejemplo, se dan infinidad de explicaciones, entre ellas unas que responsabilizan al licor y el uso de drogas, los cuales, se sabe actúan sobre biomoléculas (receptores de membrana y similares) en nuestro cuerpo. Nadie ha podido demostrar que los sicarios que mataron a los militantes de alguna de las izquierdas en América Latina estaban bajo el efecto del licor o las drogas. Adicionalmente, hay muchos países donde el consumo de ambos es tanto o más elevado que en Colombia, pero no tienen las tasas de homicidios que nos caracterizan hace tiempo. Si, por otro lado, aceptamos que el asunto de las adicciones al licor, al tabaco, a la marihuana o la cocaína, es una predisposición genética, nada queda por decirse: nuestros propios genes hacen que nos maten y matemos. Otros expertos en el tema dicen que el comportamiento violento tiene que ver con los niveles de testosterona, porque en su mayoría somos los hombres los violentos, al igual que hombres los asesinados. Habrá que aceptar entonces que la testosterona incrementa el riesgo de asesinar y ser asesinado, pero también que los colombianos tenemos unos niveles de testosterona bastante mayores que el resto de la humanidad masculina del planeta. Claro, no faltan quienes dicen que los malos y los buenos comportamientos (asuntos morales) tienen que ver con aquella otra trinidad de que se mofaba Potter: ADN, ARN y Proteínas, la cual debe mostrar alguna diferencia, bastante marcada eso sí, con el resto de la especie humana. En resumen, la biología da todas las explicaciones, o casi todas que es casi lo mismo.

Los cierto es que en esta parte del mundo, el riesgo de matar y morir asesinado es mayor que en otros sitios y las explicaciones al fenómeno siguen siendo muchas pero muy poco, si algo, se ha logrado con las “intervenciones”. En Colombia hace tiempo se vive una guerra no reconocida en medio de una democracia representativa reconocida, y en ocasiones aclamada en el contexto latinoamericano donde las dictaduras han sido frecuentes. Ni la política ni la guerra han afectado la real o virtual estabilidad de la economía y esta, como es de esperarse, sigue haciendo más ricos a los ya ricos y más pobres a los ya pobres. De eso se trataba, de que la economía no sea interferida, a eso llaman el arte de gobernar.

Nos dejamos convencer de que nuestros problemas han sido y siguen siendo de seguridad, esto es, de falta de control. La seguridad sigue alimentando el miedo y este permitiendo que aceptemos “verdades científicas”, casi siempre económicas. Parafraseando a Negri, puede hacerse la siguiente reflexión: ¿Para qué el poder, el saber y la verdad, si por eso sólo se entiende la gestión del capital? Sobre todo hoy, cuando “la pretensión de la representación de la sociedad desaparece dentro del poder del dinero y de la corrupción [...]”, según Negri. Una democracia diferente de esta haría mucho bien a la ética como haría mucho bien a la política, por tanto, estaríamos

obligados a buscarla y, a pesar de las terribles experiencias con esta, que no cesan, estaríamos obligados a seguir resistiéndola, pero también desenmascarándola a cada paso a fin de construir una en que de verdad quepamos todos.

Favio Rivas-Muñoz

Departamento de Salud Pública, Facultad de Medicina Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia e Programa de Pós-Graduación en Bioética, Universidad de Brasilia, Brasília, Brasil.

farivasm@unal.edu.co

Referencias

- 1 - Potter VR. Bioethics: A bridge to the future. New York: Printece-Hall, 1971.
- 2 - Foucault M. La hermenéutica del sujeto. Colombia, La Plata: Altamira, 1996.
- 3 - Velasquez L. El problema de la construcción de la subjetividad: un acercamiento al pensamiento de Michel Foucault y Anthony Giddens. En: Galvis Sánchez C, GalvisCristancho E, editores. Biopolítica: aproximaciones a su origen y evolución. Bogotá: Universidad Militar Nueva Granada; 2012.
- 4 - Escobar MT. Reflexiones alrededor de la biopolítica y sus encuentros con la bioética: un acercamiento a Michel Foucault, Giorgio Agamben y Paul Virilio. En: Galvis Sánchez C, GalvisCristancho E, editores. Biopolítica: aproximaciones a su origen y evolución. Bogotá: Universidad Militar Nueva Granada; 2012.
- 5 - Foucault M. El nacimiento de la biopolítica. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires 2007.
- 6 - Galvis Cristancho E. Aproximación a la biopolítica en Michel Foucault y GillesDeleuze: soberanía, disciplina y control. En: Galvis Sánchez C, Galvis Cristancho E, editores. Biopolítica: aproximaciones a su origen y evolución. Bogotá: Universidad Militar Nueva Granada; 2012.
- 7 - Foucault M. Genealogía del racismo. Altamira Buenos Aires, Argentina 1993.